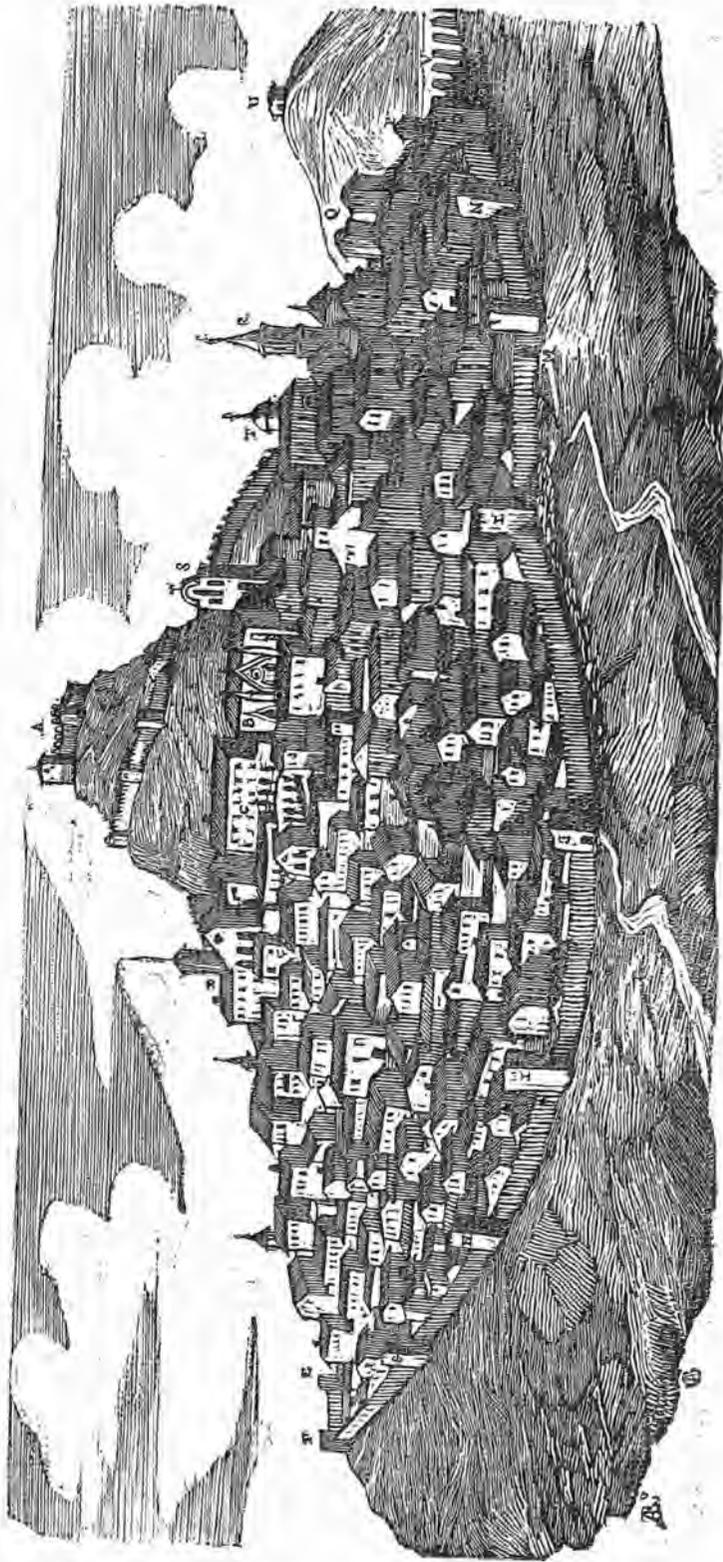


ESPAÑA PINTORESCA.



VISTA DE MORELLA.

- A... Castillo.
 B... Iglesia arciprestal.
 C... Convento de monjas.
 D... Id. de San Francisco.
 E... Puerta del Estudio.
 F... Torre de la plaza del Estudio.
 G... Torre de la pólvora.

- H... Puerta del Forcall.
 I... Torre de Fredes.
 J... Puerta de San Mateo.
 L... Torre de Benedicto.
 M... Puerta de la Nos.
 N... Torre de la Vella.
 O... Torre de la fuente.

- P... Torre redonda.
 Q... Puerta de San Miguel.
 R... Parroquia de San Miguel.
 S... Puerta de Ferrisa.
 T... Convento de San Agustín.
 U... Altura y Ermita de San Pedro Martir.
 V... Arcos del Acueducto.

Segunda série.—TOMO II.

12 de julio de 1840.

MORELLA.



ominante y orgullosa sobresaie por cima de los apiñados y estensos cerros que la circundan la antigua Morella, edificada sobre un aislado y formidable peñasco, con sus viejos muros y su imponente castillo. Velada con la densa niebla de su cielo sombrío aparece á intervalos su mole confusa dibujándose en el oscuro horizonte, como la vision fantástica de las montañas y la soberana del desierto. Su terreno desigual y escabroso estiende con maravillosa profusion al rededor de los fuertes cimientos de las murallas, los profundos barrancos, los anchos valles, los agrestes yermos y las desiertas llanuras apenas cultivadas por la industria mano del hombre. El viajero que contempla por primera vez desde la altura de San Marcos ó desde la cúspide de otros elevados cerros cercanos, la vista portentosa de aquel inmenso y silvestre país, le parece ver un *Océano* de montes dominado magistuosamente por la altiva Morella que en medio de estos se levanta. Ella sola es la señora de la tranquila soledad, y cuya cerviz altanera, confundiendo con las nubes, descubre poderosamente los mas escondidos senos de sus incultas y escarpadas cercanías. Admirable es la informe estension de este suelo aglomerado de altos peñascos, negros bosques y anchas lomas; poblado de algunos místicos colonos, y acompañado del escaso canto de las aves, el sordo murmullo del río, y el rumor estrepitoso de los torrentes que por las escabrosas desigualdades se precipitan; pero mas admirable es aun el aspecto sorprendente de la caduca fortaleza, que, con su poblacion al pie rodeada de muros, sus derruidas almenas, sus pardos torreones y sus inscripciones y monumentos de antigüedad fue en un tiempo el opulento alcázar de algunos ilustres españoles, y hoy ominoso baluarte de la asoladora guerra civil.

El remoto origen de la fundacion de Morella, segun la tradicion de sus habitantes, es del tiempo de los moros que ocuparon este territorio, como otras muchas de nuestra España, fundando pueblos, creando colonias, y erigiendo castillos. La naturaleza misma parece que habia destinado el eminente lugar en que está situada esta villa, para que fuese por su gigantesca altura y original aislamiento, el fuerte mas seguro y formidable del país; respetable por su firmeza é importante por su posicion. En la época famosa en que los adalides cristianos acudidos por el insigne D. Rodrigo Ruy-Díaz de Vivar conocido por el *Cid Campeador*, opusieron el esfuerzo de su ardimiento heroico al embate furioso y destructor de las huestes sarracenas en el territorio que baña el abundoso Turia, Morella fue el único refugio que encontraron los bárbaros invasores contra el curso imponente y glorioso de los valientes que osaron contener sus conquistas. Este castillo fue el obstáculo insuperable y fué esto que no pudieron en mucho tiempo vencer nuestras armas, y donde se estrellaron desgraciadamente las afortunadas victorias del héroe ilustre que los dirigia. Seguros los feroces enemigos, al abrigo de estos muros, de la constante persecucion de los indignados contrarios, dieron mayor estension al pueblo de Morella, fabricaron los torreones de su muralla y reformaron su castillo.

El terreno fragoso de las cercanías les favorecia tan completamente para poder á encubierto de aquellos salientes de la fortaleza; que verificaban sus correrías por la parte del *Sur* de la provincia oprimiendo traidoramente con

vejaciones, robos é injurias á sus pacíficos naturales. En el venturoso reinado de nuestros católicos monarcas Don Fernando y Doña Isabel, cuando se terminó gloriosamente en todo el suelo español, por el esfuerzo de sus hijos, la reñida espulsion de los sacrilegos sarracenos. Morella quedó en poder de los cristianos como el premio de su valor y preciosa sangre vertida. Desde entonces aquella ha sido importante por su formidable estructura y posicion topográfica en todas las guerras que han oprimido nuestro país, disputándose los partidos heligerrantes su posicion. Colocada en el escabroso terreno que hemos descrito y en los confines de las provincias de Aragón y Valencia es el punto mas útil y estratégico para las combinadas operaciones de la guerra.

Morella era en otros tiempos una villa de 1,180 vecinos, 6,060 habitantes, tenia tres parroquias, dos conventos suntuosos de frailes, y uno primoroso de monjas, un pósito y dos hospitales. La subida á la poblacion es larga y difícil por estensas y empedradas cuestas adornadas por algunas partes de alamos y moreras; y sus calles violentas y pendientes, forman por la posicion de la montaña, arcos y semicírculos que presenta el confuso cuadro de sus edificios (muchos de ellos bellos y grandiosos), en un vistoso anfiteatro que se dilata por la parte meridional del cerro.

Al pie de la difícil y aislada eminencia en que Morella está situada se encuentran algunos marzquinos berceles y pobres arbustos que cubren la falda de aquella alejada sierra. Se hallan en estos sitios solitarios y sombríos abundantes manantiales y preciosas fuentes, siendo de estas las dos principales las conocidas por la *Gaspuchera* y la de *S. Lázaro*. Por el centro de los próximos barrancos corren los caudalosos rios *Bergantes* y *China*, cuyo rápido y variado curso se estiende hasta el Forcall (Horcajo) y otras pueblos de sus cercanías que adornan la triste y pedregosa ribera. Morella recibe sus aguas por un largo y magnífico acueducto que tiene en sus inmediaciones, sostenido por una serie de grandes arcos y fuertes murallas de magistosa elevacion.

Este es el pueblo célebre, el formidable alcázar de la antigüedad, y la temible fortaleza de ominosa sombra en la época presente de nuestra destructora lucha. La sangre española que tantas veces ha regado su suelo aun brota en él, quizá por permission divina, para patentizar á los espantados ojos del hombre la criminalidad de su fratricida encono. ¡Ojalá que la reciente y costosa victoria que han visto los muros de este baluarte sangriento sea la grata luz de la apetecida paz, el dulce lazo de la cordial union de los españoles, y el anhelado término de la desastrosa guerra civil!

Morella, junio de 1840.

JUAN GUILLEN BUZABAN.

REVISTA DRAMÁTICA. [1]

Teatro del Principe—Emilia, drama en cinco actos.—Su autor Don Pío Navarrete y Lanza.—*Del mal el menos*.—Comedia en tres actos por D. Tomas Rodríguez Robi.



Sr. Navarrete, otro joven poeta que tambien por primera vez aspira al laurel escénico, nos parece haber comprendido el drama del siglo XIX. La tragedia de pasión y sentimiento

(1) Véanse los Semanarios anteriores.

to, noble, elevada, sublime, el drama de la sociedad contemporánea, el cuadro de costumbres, en fin hasta la comedia de carácter satírica y picante de Moliere todo se intenta en Emilia. Cuadro vastísimo, inmensa carga que se ha impuesto el poeta al escribir su primera obra.

¡El drama de sociedad! ¡el cuadro de costumbres! ¡y cuando! En el tiempo en que nuestro pueblo no es aun una sociedad, cuando en la deshecha borrasca que hemos sufrido se ha destruido un edificio construido hace 14 siglos, sin haberle sustituido aun con nada; cuando como dijo muy bien Larra, el poeta tiene que adivinar las pinceladas aun no distintas en el cuadro. Porque si ciertamente nuestra sociedad no es ya la que tan maestramente retrató el autor del *Si de las niñas*, en verdad que no habrá ninguno que se atreva á afirmar que es la tampoco la sociedad pintada en *Angela ó Clotilde*, en el *Proscrito* ó *Antony*.

Y no era este el solo escollo que debía encontrar el poeta en su camino: al decidirse á unir la elevacion de la tragedia con la gracia picante de Plauto y Moliere se impuso una carga superior á sus fuerzas. Para nosotros es casi indisputable que el carácter de elevacion, de sentimiento de la tragedia, es enteramente contrario á la índole de la comedia, y creemos que ni Corneille habria escrito nunca una buena comedia, ni Moliere un drama de pasion y sentimiento.

Y sin embargo y á pesar de tamaños obstáculos, el señor Navarrete los ha salvado cuanto era dable separarlos á un poeta que nos presenta su primera obra, y sino ha acertado á componer un drama perfecto, ha escrito una interesante novela dramática.

Y es tan cierto que el poeta ha escrito una bellísima novela, que todos los defectos de su drama consisten en haber saltado la valla que hay entre una y otra composicion; en haber dibujado un cuadro que no cabia en el estrecho marco de la escena.

Así esos personajes de mas en el drama, hubieran formado bellísimos cuadros de costumbres en un libro; las transiciones un tanto violentas en la escena, transiciones que son la piedra de toque de los noveles autores, no lo hubieran aparecido; y el carácter del jóven entusiasta y candoroso amante de Emilia primero, querido despues de Luisa, falso en el teatro, hubiera sido verdadero en la novela. Porque el poeta nos hubiera podido decir allí los motivos de tan violenta transición y graduarla debidamente; porque lo que no es posible en un día pueda serlo en un mes; pero el público que no es el lector que sigue arrebatado por la magia del estilo los vuelos de la imaginacion del poeta, el público que juzga, y casi siempre bien, por las sensaciones del momento, el público que ha recordado haber sido jóven amante y entusiasta, y que nunca ha cambiado en un instante el amor puro y candoroso de un ángel por la pasion de una cortesana, no ha podido menos de sorprenderse y ha gritado «Eso no pasa así en el mundo.»

En cuanto al desenlace, nosotros tenemos una opinion diversa de la de muchos literatos que han escrito sobre este drama: á nuestro entender debía terminar al exhalar el conde su último suspiro; lo demas es debilitar el efecto causado ya. Pero preciso era para esto que el jóven y segundo poeta hubiera renunciado á hacer á Emilia hija de Luisa, y así se lo hubieramos aconsejado. Si no puede decirse que el drama tenga dos acciones perceptibles, distintas como acontece en los Horacios de Corneille ó en el Edipo del teatro griego, hay si como en el Trovador dos acciones estrechamente unidas y que necesariamente tienen que producir dos desenlaces. Acaso nos dirá el autor ¿y el castigo de la culpable, y la mor-

alidad del drama? A esto le contestaremos que la moral no consiste en que Luisa sea ó no madre de Emilia, y que el castigo que sufre la primera es bien terrible sin esto. No escuchar una palabra de amor, un acento de cariño, ella que se nos presenta tan apasionada, adorando con tanto delirio, recibir el perdón de manos de una rival... yo no sé si hay nada mas terrible para el corazón de una mujer que ha sido querida con locura; que ama, sea por cariño, sea por orgullo, puesto que el orgullo es una pasion tambien.

Hemos querido apuntar los lunares que á nuestro entender empañan la primera obra de un jóven, y que en esto encuentran su disculpa, para poder elogiar libremente las bellezas que encierra. Y ¿quién no recuerda las bellas escenas del cuarto acto, escenas dignas de la elevacion sublime de la tragedia, quien no ha admirado el carácter de Leoncio que tanto honor hace á su autor, figura que sentimos no vermas que bosquejada; y quien no ha dado rienda suelta á su risa al oír los cómicos acentos de la marquesa? Emilia es un ángel, y las palabras que de sus labios salen, derraman un colorido de pureza y ternura inefables sobre el cuadro del señor Navarrete. En fin la elocucion es noble, elegante, pura y correcta casi siempre, y el poeta nos ha dado una prueba de que conoce la culta y elegante sociedad. ¿Y por qué el señor Navarrete que sabe todo esto no ha suprimido la innecesaria escena del tercer acto entre la marquesa y Luisa?

En cuanto al pensamiento moral, filosófico de Emilia, no hacemos mas que cumplir con un deber al tributar por el nuestras alabanzas al poeta. Los que hayan asistido á la representacion de Emilia, abrigarán como nosotros la esperanza de que su jóven autor ocupará un lugar distinguido entre nuestros dramáticos: su talento escénico se revela ya en su primera produccion.

Y sin embargo, la primera obra de un jóven de talento no ha sido acogida, no ya con entusiasmo, sino con benevolencia y gratitud cual merced. ¿Será esta reaccion que hemos notado todos en el público, efecto de esas ovaciones forzadas, de esos triunfos concedidos anteriormente á obras dignas de dormir en el polvo? Mucho rezelamos que esto pueda haber influido en los últimos fallos del público; pero nosotros debemos decirle que á él no deben llegar todas esas miserias; su puesto es mas elevado, y desde allí, desde su alto asiento debe decidir cual jurado, si justa, generosamente tambien.

Condenar y ¿á quién? A un poeta que viene á presentarle su primera produccion, á un jóven que al ofrecerla su drama no ha cometido mas falta que tener sobrada imaginacion. Nosotros (y tenemos derecho para decirlo, pues siempre hemos acertado la sentencia del público) rechazamos ese fallo de unos pocos, de esos que aplauden al mismo tiempo las miserables farsas *Los dos celosos* ó el *Capitan azul*.

Establézcanse mútuas concesiones entre el poeta y el público si queremos que la España posea un teatro nacional, y que la patria de Calderon y Lope de Vega no tenga que mendigar nada á extranjeras naciones.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

Despues de escrita la revista antecedente otro jóven poeta, tambien nuevo en la carrera, ha presentado en la escena en estas últimas noches su primera obra dramática, y es preciso convenir que aunque por distinto camino se ha hecho acreedor á los vivísimos aplausos con que el público coronó su trabajo.

El Sr. *Rodriguez Rubí*, en efecto, con modesta pretension, no ha intentado desenvolver en su comedia li-

lulada *Del mal el menos* todo el carácter de la sociedad contemporánea, ni reducir sus diversas fases á un punto único de vista, hipotético, brillante y armonioso, si bien las mas veces falso y convencional. No; el autor de que hablamos ha sabido á nuestro ver contenerse en mas justos límites; ha visto la sociedad en detalle; y ha considerado que una de sus fases, una de sus dolencias, era suficiente para su cuadro, sin pretender sujetar todas las demas en derredor de un pensamiento fatídico. Este modo de mirar clásicamente al mundo ha producido como era de esperar una comedia perteneciente al género clásico; con sus caracteres sencillos, su artificio verosímil, su filosofía natural y nada exagerada. Ni grandes recursos escénicos, ni movimientos atrevidos de pasión, ni figuras exóticas ó incomprendibles; ni contrastes artificiosos; ni sofisticas declamaciones; de nada de esto ha echado mano el Sr. Rubí en su comedia *Del mal el menos*; y sin embargo ha sabido excitar la simpatía del público presentándole solamente la verdad; pero la verdad poética, fácilmente ataviada con las galas sencillas del ingenio.

Ademas de esta modestia en su plan, tenía que luchar tambien el autor con la poca novedad de su argumento. Marido jugador y descuidado; seductor viejo y poderoso que hace servir á sus intenciones la disipacion de aquel; mujer bondadosa y amante que resiste noblemente á las asechanzas del vicio; hermano cariñoso y venido espresamente de las Indias para preparar un desenlace moral; nada de esto era nuevo en la escena, todo estaba ya demasadamente prodigado; y si algun atrevimiento supone en el autor, será sin duda el haber concebido la idea de volverla á presentar con éxito.

Pues bien; á pesar de todo lo ha conseguido; y esto forma el mayor elogio de un ingenio que ha sabido pintar con novedad, con gracia, con delicada intencion, lo mismo que cada noche ve el público en la escena; lo propio que cada dia mira indiferente en el gran teatro del mundo.

Lo que hay que admirar mas en la composición del Señor Rubí es la soltura y desembarazo con que marcha la accion desde las primeras escenas; la posesion que toma del teatro un jóven que le pisa por primera vez; la rapidez y naturalidad del diálogo; la felicidad en los rasgos característicos; el chiste y *vis cómica* de la elocucion, y los versos fáciles y cadenciosos.

En esta comedia no podrán ciertamente citarse aquellos grandes vuelos del ingenio que caracterizan á un autor eminente; no se verá ciertamente el espectador encadenado á la intriga por un complicado lazo; no sentirá alternativamente aquellos violentos transportes del ánimo que tanto se procuran en la moderna escena; pero en cambio una placentera sonrisa, una satisfaccion halagüeña se mostrará constantemente en su semblante, como en aquel que reconoce su semejanza en la tersura del cristal.

Muchos rasgos epigramáticos; muchos pensamientos felices de la comedia podríamos citar en apoyo de nuestra opinion; tampoco dejaríamos de advertir algunos pocos que nos parecieron no de tan buen gusto; pero sería difícil hacer comprender á nuestros lectores su respectivo mérito, porque pende en su principal parte de los antecedentes de la oportunidad en que están colocados; y esto no es fácil apreciarlo no conociendo todo el plan de la comedia. Baste decir que toda ella está como impregnada en multitud de sales de aquellas halagüeñas, originales y de buen sabor que han podido hallar nuestros lectores en las composiciones de *El Jaque Andalúz*, *Mi viaje al lugar*, *Fotos y Juramentos*, y otras del mismo autor que hemos tenido el gusto de ofrecer al público por primera vez en las columnas del Semanario.

Aquí concluiremos por ahora nuestra revista dramática, habiendo aunque ligeramente analizado las cuatro únicas producciones originales que en lo que va del año ha presentado nuestra escena. Y si bien su número ha sido escaso tambien nos han revelado tres autores dramáticos mas, todos jóvenes, todos de claro ingenio, y que hacen esperar muy justamente que no será la última vez que habremos de ocuparnos en su elogio. M.

LAS CASTAÑUELAS EN PARÍS.



Esta hace pocos años no se conocian en París mas castañuelas que el sounonete que con cachos de pizarras hacian los piluelos para acompañar el baile de los monos ó las habilidades de los perros sapientes; y este instrumento español era para los franceses uno de aquellos recursos románticos, que como el *torador* y la espada toledana les sirven para dar colorido á toda novela ó viaje de los que pasan por peninsulares entre nuestros amables vecinos. — El autor se apoderaba de la palabra *Castagnettes* cuando le venia á cuento, y despues de haber jurado por *Santiago de Compostela* ó por la *Virgen del Pilar de Zaragoza*, concluía por rizarse el bigote y contonearse haciendo bailar el bolero á *Papilla la andaluza* con su correspondiente acompañamiento de castañuelas. Por supuesto que el tal viajero cuidaba de persuadir que habia tratado personalmente y aun con intimidad á la tal *Papilla*; pero desgraciadamente no habia visto las castañuelas, si ha de juzgarse por la descripción que de ellas hacia.

Una noche del invierno de 1833 cuatro bailarines españoles (las Sras. Serral y Dabiñon, y los hermanos Camprubi) se presentaron en el teatro de la Academia Real y revelaron al público parisiense la *cachucha* y el *zapateado*, el *zorongo* y las *castañuelas*. Desde los primeros compases se alarmaron los concurrentes, resonaron los aplausos, se enardecieron las pupilas, comunicóse como por encanto aquel fuego que brillaba en las miradas de los bailarines, y estos se excedieron á sí mismos movidos de aquel entusiasmo general que habian sabido promover. El público, como un leon enfurecido, procuraba retener aquel ensueño que se desvanecía, y lo que jamas se habia allí visto, pidieron á gritos que se repitiese; y en efecto comenzó de nuevo el baile, y aquel furor, aquel entusiasmo voluptuoso, se renovaron despues en todas las noches subsiguientes.

Las castañuelas eran los principales instrumentos de un éxito tan feliz; ¡que picante alegría! que inquieta vivacidad! A mas de esto motivaban tan bien los graciosos y naturales gestos de los bailarines substituidos á los frios y pretensiosos gestos de la danza clásica francesa!. Si á los boleros españoles se les quitan las castañuelas, bailarán con gracia, pero no será la brillante *cachucha*; sus manos quedarán desairadas, sus gestos serán embarazosos; los espectadores ó no lo comprenderán, ó falsearán el sentido; los oídos no permanecerán pendientes de sus dedos; la *cachucha* es en fin incomprendible sin la castañuela.

May pocos dias despues todo París hervia en danzas españolas. La célebre bailarina francesa *Fanny Elssler* acabó de popularizar las castañuelas y la *cachucha*. El pueblo acudia con frenesí á las Variedades, luego al Palacio-Real, siguiendo constantemente á las parejas en todas sus

emigraciones teatrales. El primer sonido de la castañuela comunicaba á toda la concurrencia un choque eléctrico: venia en seguida una divertida farsa que figuraba un proceso contra el fandango, y el alegato de las castañuelas haciendo saltar al tribunal sobre su banco, aseguraba el éxito del pleito por la entusiasta complicidad de los buenos jueces, y el patio ratificaba de buena fé su fallo, porque sus concurrentes tambien saltaban al acompasado chisquido de la castañuela.

Todos los teatros quisieron tomar parte en tan brillantes resultados. El Gimnasio tuvo su cachucha á tres; el Boulevard del crimen olvidó por un instante el puñal por la castañuela; Napoleon, el mismo Napoleon, el hombre del siglo vencido por la España, cedió el Circo al fandango, y olvidó el puente de Lodi por la jota aragonesa.

La *crotalogía* invadió los conciertos; el salon de Vienne y el Casino resonaron con sus alegres y acompasados traquidos. Empero ese instrumento que tan fácil parece á primera vista, requiere ser manejado por manos inteligentes é instruidas; tiene sus reglas y su método. Una cosa es sonar bruscamente dos pizarras como lo hacia el pilluelo de París, y otra tocar con gusto y facilidad la graciosa castañuela española que repele el esfuerzo y la brusquería del gesto, y que sin perder un ápice de su vivacidad se doblaga con molicie bajo un dedo fácil, prestándose naturalmente á todas las exigencias de un armonioso acompañamiento.

La castañuela en fin cuenta hoy en París muchos entusiastas, pero muy pocos saben tocar este instrumento. Una de las mas bellas actrices del Gimnasio, y en verdad muy buena bailarina, la señorita Natalia, ataba las castañuelas al dedo de en medio, y estendiendo hácia arriba los dos de los extremos, hacia al público un ademán tan poco decente como falto de gracia, sin que consiguiere de ningún modo reproducir la facilidad y molicie de las posiciones de Fanny Elssler que colocaba las castañuelas al verdadero estilo español.

Nos acordamos haber visto en los conciertos *Musard ó Julien* á uno de los principales músicos encargado del acompañamiento de castañuelas. Atábalas al dedo de en medio, y volviendo hácia atrás la mano, movia el brazo como un epiléptico, y solo repetia un sempiterno sonsonete cuya estrepitosa monotonía fatigaba prontamente el oído.

El Casino-Paganini fue mas feliz en este punto: habíase asociado á un italiano tan español en punto de castañuelas como el mismo autor de la *crotalogía*. Nos parece aun estar viendo á aquel hombre sentado en un rincón de la orquesta: alto, seco y nervioso, con su frac verde, sus mangas ligeramente levantadas, y sus castañuelas de madera ó de hierro ocultas enteramente en su ancha mano. Una obertura abria el sarao, las castañuelas permanecian silenciosas.—¿Quién es aquel extranjero, preguntaban, que solo y ocioso permanece en medio de aquella animada multitud de músicos? Es un inspector de teatros, un periodista curioso, un miembro de alguna sociedad filarmónica que quiere escuchar la música de cerca, ó un príncipe ruso que ha pagado un centenar de rublos por sentarse por espacio de media hora al lado del sillón siempre vacío de Paganini?

La orquesta empezaba un wals; la vista triste del italiano brillaba como el relámpago; su cuerpo y sus brazos permanecian descuidadamente inmóviles; pero sus manos se movian animadas con una prodigiosa agilidad. Las castañuelas resonaban; repentinamente quedaban silenciosas mientras la orquesta desarrollaba una melodia suave; pero pasada esta volvian á resonar con mas vive-

za dominando á los cien instrumentos á que acompañaban, arrebatando la atención de los concurrentes, y arrancando de ellos al terminar el wals repetidísimas palmadas. Todos entonces á porfia querian ver á aquel hombre que de un instrumento tan pequeño sabia sacar tan ventajoso partido: todos se ponian en puntillas, y el nombre de *Sala* corria de boca en boca.

Lo que la señorita Elssler ha hecho por la danza española, aquel hombre lo ha hecho por las castañuelas. Ambos cada uno á su modo han popularizado en Francia las danzas y la música de España, y los dos sin conocerse, se han en cierto modo complementado en este apostolado de artistas. La señorita Elssler se hace apreciable por la danza; pero cuando bailarina en el teatro ó en los saraos han tratado de imitarla, se hubiesen visto imposibilitadas de realizarlo si el Sr. Sala no hubiese acudido á su auxilio enseñándolas á servirse de la indispensable castañuela. El Sr. Sala revelaba todo el poder de aquel instrumento en los conciertos, pero ¿quién se hubiera acordado de los conciertos con acompañamiento de castañuelas, si la señorita Elssler no hubiese llamado la atención con su voluptuosa cachucha?

El Sr. Sala ha sido y es el maestro de los bailarines y bailarinas de la academia real y de los teatros de París que ambicionan lucirse á la española. En la actualidad se halla instruyendo á una lindísima discípula, la señorita Bethoni, que se asegura debe reemplazar á Fanny Elssler que acaba de marchar contratada al teatro de Nueva-York.

La propaganda del Sr. Sala ha descendido hasta á los salones: de dos años á esta parte ha instruido numerosos discípulos, y con su excelente método bastan muy pocas lecciones suyas para formarse rivales. Empero cuida de conservar en su modo peculiar de sacar partido de las castañuelas, aquel modo inimitable del artista que constituye su personalidad, y le hace jefe de su escuela.

Hemos delineado los primeros desarrollos de la castañuela en el teatro y en los saraos de París. Si en alguno de los de Madrid resonase un instante tan rústico instrumento bastaría para que toda la concurrencia fashionable tomase sus sombreros y sombreros. ¿Cuán cierta es aquella fabulilla de Iriarte!

Que no hay nacion alguna
que á todo lo extranjero
no dé con gusto aplausos y dinero.

CRITICA LITERARIA.

LAS POESIAS DE D. JOSÉ DE E-PRONCEDA (1).

Si cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años á esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento examen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando á dar inesperadas muestras de vida: pintura y poesía se han remontado como de un salto á tal altura, que su repentina progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan estraña mudanza? En vano nos lo preguntaríamos, porque

(1) Un tomo en 8.º prolongado.—Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

nada en lo exterior sería capaz de satisfacernos. Ni la nación ha sabido al alto grado de esplendor en que un día la vió y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos; ni la sociedad ó el gobierno dan á los talentos aquella clase de fomento real y positivo que tanto contribuye á secundarlos y vivificarlos. Sobrejados y orgullosos á un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí mismas y de sus recuerdos, y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin duda prenderán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y resplandeciente llama. Lo único que hasta el día las ha desarrollado y las mantiene es el principio de vida que á todas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destruida por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcazar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir, el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro á los llamados filósofos con la vanidad de su universal pasasea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron y que no han sabido darle, y por último de la paz y contento de presente que se le ha huído de entre las manos. Del espíritu de indefinida análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido á sacar hasta el día, á saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelo y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha. Entonces por una reacción natural nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos más sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado á la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu. Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstruir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continua remoción y socabado por la disensión, estas circunstancias han dado margen á infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado á ampañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores. De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que han tomado las artes de imaginación, según que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado ó se quejaban y maldicían de lo presente; pero aun en este desdichado camino, faltos de guía y de luz, al querer llegar á los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de León, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Childe-Harold y en la exaltación insostenible y apasionada de René, Goethe, Byron, Chateaubriand, Manzoni y hasta el mismo Beranger, poeta el más festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo así, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo, para corresponder á su misión, forzoso es que la nues-

tra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos.

No sin propósito hemos extendido semejantes preliminares porque con arreglo á ellos examinaremos el libro cuyo título vá por cabeza de este juicio, ya que el nombre tanto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen á su crédito y realce, así por el fondo de sus creaciones, como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino también por su unidad.

Abren esta colección diversos fragmentos de un poema épico titulado *Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor y parte más bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que le escribió por ser los de la adolescencia antes descubren las flores de la poesía que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad más se presenta y adviene que en realidad se siente, y de aquí proviene el predominio de la imaginación sobre los movimientos más honestos y serios del corazón. Falta la experiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor, cuanto que la lógica del sentimiento no viene á templarla ni á dirigirla. Estos fenómenos psicológicos sobrado fáciles de demostrar todavía se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones energéticas individuales y profundas; si se buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertaríamos tal vez á encontrarlos en ellos. Mas sí lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusión; y finalmente la riqueza, gala y armonía de una versificación al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aun más podemos señalar en este ensayo épico. Y hemos dicho que más que esto podían os aun mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginación ebulte alguno de sus pormenores. Fuera de esto la descripción del serrallo, la procesion, las quejas del anciano Teusis y la salida nocturna de Sevilla dejan poco que desear. En suma la crítica severa y fría no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofía, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia á las bellas y poéticas formas del decir, á la corrección y castidad que le sirven de base, á los ricos destellos de imaginación que por donde quiera campean, y á la entonación pura y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba ó con otro más digno de su autor y más adecuado á tamaña empresa, no haya llegado este poema á granzosa y cumplida término, porque á nuestro modo de ver, no se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica que la invasión y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo, y poco acomodado á la filosofía del sentimiento: opinión de que no dudamos, pues que en nuestro entender, la única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algún otro.

Dejando, pues, el *Ensayo Épico* y pasando á las *poesías líricas*, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque á escepción de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estilo, número y hasta de natural y vigoroso enlace; de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida para conocer el camino que ha andado después el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su

insercion. Esta composicion debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesia, y las siguientes confirman esta opinion, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas estan á gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata*; maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del page Jimeno que ya habíamos leído en el Castellano de Cuellar, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la *cancion de la Católica*.

En el bello poemita de *Oscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Oscar, sino que tambien sus versos estan en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves, como los rayos de la luna, y con aquellos acentos *lánguidos y dulces*

Como el recuerdo del amante triste
de su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tacha de desaliado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender por ventura pasará plaza de bello lo que á otros parecerá incorreccion y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía imitativa, y si en poesia la gracia y la hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la expresion, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela, descubre á tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del herdo escondido viene el *Himno al Sol*, cual si con su inspiracion arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapason poético. Esta escurcion por el terreno de Píndaro parecemos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificación tendida, robusta y armoniosa, la entonacion grave y sostenida y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo no escogeríamos para modelo esta poesia entre las de nuestro jóven; pues sin negar las prendas que la adornan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase mas al mismo tiempo á aquella desnudez y candor de expresion que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones mas altas y peregrinas. Asuntos de este género y todavia mas tremendos y magníficos se encuentran en diversos lugares de la Biblia y sobre todo en el Apocalipsi, sin que por cierto la sencillez y cándido alicio de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leído en el Liceo de Madrid, ofrece pasajes de imágenes mas fuertes y de pensamientos harto mas sombríos que los del *Himno al Sol*, tratados sin embargo de tal manera que el corazon y la fantasia se interesen á la par. No debemos echar en olvido que la poesia toma de dia en dia un carácter mas general y profundo, y que cuanto mas se acerque en sus formas á la verdadera naturaleza del sentimiento de suyo fácil y modesto en sus atavíos, tanto mas derechamente se encamina al término de su viaje.

Al concluir el análisis de la primera subdivision de las poetas líricas de este tomo, nos sentimos descargados del peso mas grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aquí adelante se nota á pocas enmiendas dá lugar.

No son nuevas fuera de España las canciones populares, así como dentro de ella los romances del mismo gé-

nero forman una de las mas ricas minas de su literatura. Sin embargo nadie negará al poeta Beranger la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nacion cercana este linaje de poesia, que gracias á su genio, vibra en el dia con todos los tonos del sentimiento, y presenta sus mas fugaces y delicados matices. La revolucion que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa en nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Para transformacion! La poesia que en los últimos tiempos habia llegado á ser el patrimonio de las clases instruidas y acomodadas, ha bajado con la musa de Beranger, semejante á un nuevo evangelio, á la oscura vivienda del pobre, y ha tomado á su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El dia que tal hizo acertó á labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros, y pudo con razon prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla á manera de estrella benéfica.

Esta unza que se acercaba á la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresion de la poesia, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del Sr. Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisicion para nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta dición y variada armonía del *Pirata*, junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomodada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nacion. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las estrañas rimas que usa y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composicion. Esta es una de las prendas mas aventajadas de esta coleccion, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en el *Pirata*, sino tambien y mas particularmente en el *Verdugo* y en el *Estudiante de Salamanca*, sin tropozar siquiera en tan escabroso camino.

La *cancion del Mendigo* se separa de todo punto de la de Beranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se reduce á bosquejar la mendigüez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demas, aunque en nuestro entender, sus contornos no sean tan puros como los del *Pirata*, manifiestan la misma mano y origen. Las tres restantes encubren cierta intencion profunda y un carácter social mas evidente. El *Verdugo* y el *Río de Muerte* pertenecen á la escuela amarga, sardónica y desconsojada de Byron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menosprecia los consuelos, y se esbaha en sus propios dolores. El mismo giro hosil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resalta en la tremenda poesia del verdugo. ¡Qué situacion tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué orden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraríamos una invectiva mas mordaz contra la pena de muerte, donde descubriríamos mas á las claras esa disonancia

tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civilización de que hacemos alarde, que en estas palabras del Verdugo?

Al que á muerte condena le ensalzan!...
¿Quien al hombre del hombre hizo juez?
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?

Y ellos no ven
Que yó soy de la imagen divina
Copia tambien!
Y cual dañina

Fiera á que arrojan un triste animal
Que ya entre sus dientes se siente crujir,

Así á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.

Y ellos son justos:
Yo soy maldito:
Yo sin delito
Soy criminal;
Ved al hombre

Que me paga una muerte! el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
A mí, su igual!!

(Se concluirá)

ENRIQUE GIL.

TRAGES PROVINCIALES.



LOS CATALANES.